

LIBROS / Críticas



Letra y música

Martha. Música para el recuerdo
Fernando Navarro
667ppm. Barcelona, 2015
271 páginas. 18 euros

Por Carlos Zanón

NARRATIVA. NOVELA ESCRITA SIN ASOMO de cinismo, desde una nostalgia alambicada en la pureza del pacto adolescente hacia un código y una tribu. El planteamiento es casi una excusa. Javi, un periodista que trabaja en una revista musical, recibe la noticia de la muerte en accidente de tráfico de Marta, un personaje trascendental en su juventud. Eso inicia un viaje hacia el centro de las canciones y los recuerdos enlazados a ellas. *Martha* no te gana por un argumento que conoces y cuyo interés radica en la complicidad que pueda entablarse con el lector de una determinada generación. La novela, aunque adolece de falta de cintura en algunos tramos, te gana por su entusiasmo, su inocencia, por ese puente que el protagonista decide tomar y que no es sino la capacidad de elegir. *Martha* te gana por ese aroma a cuando una canción te elige sin saber por qué, y cuando los sentimenticos eran poseedores de una mística integridad. Poder transmitir eso recae en que la prosa de Fernando Navarro (Madrid, 1981) es directa, sincera, con un buscado estilo invisible. Pero también va más allá y te gana superando la nostalgia y apostando por el valor —en las acepciones de precio y audacia— que tiene elegir. Sabiendo que si miras atrás, acabarás convertido en sal. Aunque, pensándolo bien, eso también juraste no hacerlo cuando —retorciendo el brazo al poeta— la vida iba mucho más en serio. •

Café y bollos

Bien escrito y razonado, el libro de Fernando San Basilio se desliza, sin embargo, por el camino de la insustancialidad

Crónicas de la Era K-pop
Fernando San Basilio
Impedimenta. Madrid, 2015
176 páginas. 16,95 euros

Por Francisco Solano

NARRATIVA. Fernando San Basilio (Madrid, 1970) ha encontrado en los centros comerciales (recuérdese su novela sobre La Vaguada) y en los grandes eventos sobre las últimas tendencias de consumo que allí se promocionan (maquillaje, cerveza artesana, estilo propio, turismo chino...) un tema recurrente. La mera descripción de esas muestras de intención tan lucrativa se contagia de ironía, incluso aunque se escriba, y no es el caso, para la promoción de la mercancía expuesta. Basta citar la sentencia de algún relumbrón mediático ("Que seas tú el que lleva la moda y que no sea la

Resentimiento de existir

Los cuentos de Samanta Schwebelin remiten al lado oscuro de la realidad, a la pérdida, la enfermedad y la violencia

Siete casas vacías
Samanta Schwebelin
Páginas de Espuma. Madrid, 2015
123 páginas. 14 euros

Por Marta Sanz

CUENTOS. EN ESTOS RELATOS, por los que concedieron muy mercedadamente a Samanta Schwebelin (Buenos Aires, 1978) el Premio de Narrativa Breve Ribera del Duero, no se da árnica al lector. No se colocan pomadas sobre la quemadura: la pérdida de los seres amados, la violencia afectiva, la enfermedad, el sentimiento de haber sido desposeído, el egoísmo, se hacen una bola en el estómago. Esa actitud, que nos coloca sobre cristales rotos, implica un alto riesgo en una época en la que parte del éxito —literario, comercial y las dos cosas a la vez— consiste en la destreza de los escritores para quintaesenciar el lado de bueno de las cosas, las flores del *cupcake*, el *dabadabadá* de la existencia, la crisis como oportunidad y esas visiones de lo humano que se parecen a los anuncios de refrescos. Schwebelin se atreve a mirar el interior de los placares con una crueldad pasteurizadora que acaso surja de la vocación de visibilizar el daño.

Los relatos de *Siete casas vacías* se mueven sobre la franja que separa vigilia y sueño. Algunos se asemejan a pesadillas hechas realidad. Dentro de la tradición de esos cuentos de terror que a la vez son magníficos cuentos realistas —y viceversa—, lo real se aborda desde su reverso fantasmagórico y lo fantástico remite a la oscuridad de lo real. Schwebelin nos conduce hacia una sensación incómoda que se agranda hasta la náusea. La eficacia de sus relatos se basa en la selección de anécdotas, situaciones, a través de las que la autora ofrece su poco complaciente punto de vista. En el centro de esa selección se vislumbra una enorme capacidad para radiografiar el entorno analizando el lugar común de una forma que, como señalaba antes, es a

la vez realista e imaginativa: en 'Nada de todo esto', una hija acompaña a su madre en el periplo de invadir y apropiarse de espacios ajenos; en 'Mis padres y mis hijos', un hombre oculta que sus descendientes y progenitores se esconden desnudos en el jardín, como si su desnudez y saludable impudor hubieran logrado desdibujarlos del paisaje familiar; en 'Pasa siempre en esta casa', una mujer vive la pesadilla



La escritora Samanta Schwebelin. Foto: Bernardo Pérez

recurrente de recoger las ropas del hijo muerto de sus vecinos que sistemáticamente son arrojadas a su patio: de esa oscura repetición nace la exigencia de acotar, recoger, embalar como modos, tal vez fallidos, de pasar página: en 'Cuarenta centímetros cuadrados', una suegra le cuenta a su nuera una vieja historia quizá para que ocurra otra vez; en 'Un hombre sin suerte', un extraño le compra a una niña unas bombachas negras con cora-

zoncitos; en 'Salir', una mujer sale de casa con el pelo mojado, en albornoz, y monta en el coche de un hombre: el ambiente es onírico y lo real se presenta en esa vertiente del absurdo que a ratos duele y a ratos conforta.

Aunque confieso mi debilidad por 'Nada de todo esto', el relato de apertura, tal vez la perla de *Siete casas vacías* sea 'La respiración cavernaria' y su protagonista, Lola, una anciana que convoca la muerte haciendo listas, embalando en cajas sus pertenencias, dándole a su vulnerabilidad la dimensión de lo maligno: aguarda a su esposo acurrucada en la cama, alargando artificialmente su malestar, para que el hombre se sienta culpable. Lola, obsesiva y controladora, verá cómo su vida se reduce a eterna repetición. De la pérdida. Del desconcierto. La vida son los cabos sueltos que siempre la habían incomodado. La repetición paradójica del olvido, una expresión donde se conjuga el peso de la machaconería con la volatilidad de la ausencia de recuerdos. Puede que la ausencia de recuerdos pese tanto como esas cajas que ocupan —asfixian— una casa que a la vez se va quedando hueca como manzana podrida. Las repeticiones simbólicas crean un ritmo malsano que resuena insistentemente en la cabeza de los lectores por el hecho de ser repetición —desgaste, erosión—, pero también por lo que se repite: cajas, ropa empacotada, hijos muertos, matrimonios rotos, sensación de que alguien nos hurta amores o cosas que deberíamos poseer por derecho propio... Schwebelin alcanza una pulida resolución literaria, una sencillez, que visibiliza lo visible —casas, patios, garajes— y lo invisible: se solidifica esa mezzquindad interna que nace del resentimiento de vivir y de existir en determinadas condiciones.

Lecemos queriéndonos tapar los ojos, pero dejando rendijas entre los dedos a través de las que reconocemos lugares comunes que siempre serán extraordinarios cuando los retrata una escritora tan competente como Schwebelin. "Los ojos de los papanoles no están pintados exactamente sobre los relieves oculares, donde deberían estar". Y eso es lo que sucede en *Siete casas vacías*: siempre hay un desajuste, una contractura en la mirada, que enturbia esos comportamientos que, aunque cotidianos, nunca se despojan de su faceta siniestra. •



Dois jóvenes en un restaurante de Seúl. Foto: Ed Jones (AFP)

en el país de las cadenas Tours Les Jours y Paris Baguette. Y aún menos que los coreanos sean tan aficionados a esos bollos. Si se atiende a la cantidad, dimensiones colosales de consumo se ven en cualquier país.

De ahí que la lectura de este libro produzca, más que sorpresa, desgana. A las novelas de Fernando San Basilio se les ha atribuido un costumbrismo un tanto moderado por un humor no demasiado cáustico que atenúa los conflictos de sus personajes. Aquí hay una mirada más bien holgazana del narrador que se reconoce, o tal vez se desdobra, en el patriótico Fernández, un persona-

je que no encuentra ningún motivo para dejar Seúl, pero tampoco ninguna causa que lo retenga. Y estas crónicas, que deberían conformar una novela, son el testimonio de que estuvo allí, no para trabajar "en ningún libro sobre la nueva ola de ficción coreana, sino en una serie de artículos de fondo sobre la burbuja del café en Corea del Sur". Aunque no dice por qué le interesa el asunto, o para quién trabaja. Esos artículos aportan información sobre pautas de consumo, o sea, datos útiles para alguna cadena de alimentación interesada en implantar allí sus feudos. Y esto es lo más sorprendente del libro: que, bien escrito y razonado, se resigna más a la sociología que a la narración. Por lo demás, tanto el narrador como Fernández (y un imprevisto Rodríguez que aparece, inopinadamente, en el penúltimo capítulo disolviendo su yo) y el surtido de nativos a los que trata son figuras apenas definidas por un detalle (las encias, por ejemplo), lo que confirma, como se apunta en la charla con uno de ellos, que acaso "no estás en Corea, sino en un rincón de la vieja Europa". •

EL PAÍS BABELIA 06.06.15 11